

**RAUL TORRES**

**ANTOLOGIA  
ESPAÑOLA DE  
CIENCIA  
FICCION**



**Pedro J. Ajenjo Cavia / F. Alemán Sáinz / A. Alvarez Villar / Juan G. Atienza / Carlos Bulza / Jorge Campos / Rafael Castleman / Pedro Crespo / Juan Extremadura / Carlos Frabetti / Jaime de la Fuente / José Luis Garcí / Pgaría / F. García Pavón / Manuel García Vlió**

**1**

¿Qué es la ciencia-ficción? Difícil contestar. Existe, existió en un lejano pasado y existirá, sin adjetivos, la ciencia ficción. Ciencia ficción, literatura científica, fantaciencia, ficción científica, predicción... Fue Hugo Gernsback el primero que usó el término, hoy tan generalizado. Para Gernsback "la ficción profética es la madre del hecho científico... la ciencia ficción, bajo cualquier concepto, debe tratar, primera y principalmente sobre los futuros posibles. Debe, en forma historiada, profetizar las maravillas que vendrán del progreso del hombre, de la exploración del espacio y del tiempo..."

## ÍNDICE

### PRÓLOGO A UNA ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

Ciencia-ficción: Los futuros posibles

Pedro J. Ajenjo Cavia

"Él"

Francisco Alemán Sáinz

Nacimiento de Venus en la Luna.

Alfonso Álvarez Villar

La Gruta

Juan G. Atienza

35, sin regreso

El pisito solariego

Carlos Buixa

Historia de amor

Jorge Campos

El "robot" perfecto

La otra. Luna

Los extraños visitantes de más allá del cielo

Rafael Castleman

Los sueños tristes

Los otros seres (Relatos del más allá)

Pedro Crespo

El día de la noche eterna

Juan Extremadura

Vivir deportivamente

Los años antiguos

Carlo Frabetti

Las matrices

La aparición

Par

Jaime de la Fuente

Con todo respeto

El hombrecillo pálido

El Octavo día de la Creación

José Luís Garci

"La Gioconda" está triste

PGarcia

Robs

F. García-Pavón

El mundo transparente

Manuel García Viñó

El regreso

# PRÓLOGO A UNA ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

## CIENCIA-FICCION: LOS FUTUROS POSIBLES

*Hace un par de meses yo flotaba a medio metro sobre la tierra, avanzaba tan rápido como un automóvil. Subía y bajaba colinas: la meta era una gran estrella en el horizonte. Recuerdo que mi cuerpo desprendía una extraña luz y es muy posible que hubiera llegado a donde me dirigía a no ser porque mi hijo Marco vino hasta la cama para decirme: "tengo miedo". Está claro que yo estaba soñando. Al menos es lo que pensé entonces y confieso que el sueño me preocupó un par de días sin apartarse de mi mente, surgiendo a cada momento en las horas de trabajo, hasta ir borrándose poco a poco. Pero precisamente hoy, he concluido un interesante libro sobre los sueños (son el futuro, dice su autor): "Universo perdido", de Leo Talamonti, y, entre otros capítulos transcendentales, en el de "Las posibilidades insospechadas del cuerpo humano", cuenta Talamonti que Alexandra David Neel (viajera europea que vivió catorce años en el Tíbet, profesó el budismo y consiguió hablar y escribir correctamente los principales idiomas de aquel país), un día, en uno de sus viajes, se cruzó con un lama que avanzaba a un paso extraordinariamente ligero, "con el rostro absorto y los ojos fijos en la contemplación de un*

punto situado en lo alto, en el espacio vacío". La escritora asegura: "Parecía que se alzaba del suelo a cada paso y que avanzaba a saltos como si estuviera dotado de la elasticidad de una pelota..."; es este un caso de manifestaciones parafisiológicas, posibles, debido a estados particulares de conciencia y al uso adecuado de técnicas respiratorias, afirma Talamonti. "Según lo que yo sabía de la técnica de aquel procedimiento –continúa la David Neel– el viandante caminaba en un estado de trance, por lo que era probable que hubiera sufrido una penosa sacudida, aunque no hubiera muerto...". Se refiere en el último punto a que, de buena gana, hubiera detenido al insólito viajero para entrevistarle; pero los razonamientos y temores de su doméstico, le hicieron desistir, porque aquel lama "hubiera incluso podido morir, si hubiera sido despertado bruscamente de su meditación deambulante".

¿Es esto, fue mi sueño, ciencia-ficción? A estas alturas del siglo XXI, lo más que puede asegurarse es que lo narrado es extraño. Aunque precisamente hoy, a no sé qué hora española, han amerizado tres seres procedentes de la Luna (misión Apolo XV). Tres astronautas, algo normal para los habitantes de la Tierra, algo que hace cien años, indudablemente era ciencia-ficción, cuando lo narraba Julio Verne.

A la pregunta, ¿qué es la ciencia-ficción?, es difícil contestar. Existe, existió en un lejano pasado y existirá, sin adjetivos, la ciencia-ficción (no vamos a detenernos en este corto preámbulo a si debe llamarse ciencia-ficción, literatura científica, fantaciencia, ficción-científica, predi-ficción, profecía, futu-ficción o tele-ficción). Fue Hugo Gernsback el que primero usó el término en su revista *Science and Invention*, y aunque ya tiene un uso generalizado, asegura Gernsback que "posiblemente logrará significar lo que se debe hacia el siglo XXV o algo así". En 1929, en el número uno de *Science Wonder Stories*, el mismo Gernsback escribía: "la ficción profética es la madre del hecho cientifi-

co”, y en 1960 afirmaba: “la ciencia ficción, bajo cualquier concepto o nombre, debe, en mi opinión, tratar primera y principalmente sobre los futuros posibles. Debe, en forma historiada, profetizar las maravillas que vendrán del progreso del hombre. Esto también incluye a las hazañas distantes y a la exploración del espacio y del tiempo”; es evidente que van ya para veinticinco años en que la Humanidad está abocada a la ciencia-ficción: libros, revistas, comics y periódicos, vienen dedicando sus páginas al tema; y en los últimos años, la radio, el cine y la televisión nos la han dado en imágenes, hasta llegar a ser un artículo de primera necesidad para el espectador y su espíritu (sé que hay muchos amigos míos y otros desconocidos, buenos escritores y profanos, que pondrán el grito en el cielo cuando lean esto, pero, ¡qué le vamos a hacer!...); Patrick Moore, en su interesante libro “Ciencia y ficción”, afirma: “nos es imposible huir de ella, y no tenemos más remedio que aceptarla como algo con personalidad propia en el campo de la literatura”.

Tiene esa personalidad; a nuestro país, y de un modo efectivo, ha llegado recientemente; quiero decir que los escritores que la cultivamos no pasamos de los cuarenta años y hace muy poco que nos iniciamos en dicho campo, aunque, como se verá más adelante, hubo otra época, a principios de siglo y aún antes, en que otros narradores la cultivaron, como es el caso del poco conocido Coronel Ignotus (José de Elola), allá por los años veinte. El primer contacto que tuve con la ciencia-ficción ocurrió por los años cuarenta, en mi encuentro con los comics. Flash Gordon fue mi héroe durante mucho tiempo, junto al príncipe Baring y demás coprotagonistas, en sus trabajos de ciencia-ficción por la Ciudad de los Hombres Halcones y el resto de la galaxia. Más tarde descubrí a Doc Savage y su pléyade de ingeniosos ayudantes. Robertson, su autor, sospecho que nos tenía inmersos en su mundo a mí y a buen número de adolescentes españoles, recién salidos de la es-

cuela. Yuma, La Sombra y otros héroes, tenían ya el tinte mágico SF. No recuerdo el momento, el año justo de mi vinculación literaria a la ciencia-ficción; pero recién acabado el Bachiller, escribí un cuento que se leyó en la radio de Cuenca, "Carnaval bajo la Tierra", y empecé a leer y me temo que a copiar, todo lo que llegaba a mis manos, del género. Investigué, si puede usarse el término a esa edad (dieciséis años), acerca de Luciano de Samosata a instancias de mi profesor de latín. No sé si entonces él me descubrió la "Historia verdadera", como la primera novela de ciencia-ficción...

Nadie sabe si Luciano tuvo o no éxito con su "Historia verdadera", pero le debió subyugar el tema, porque hizo otro libro de tema interplanetario, "Icaromenipo", en el cual, desde el comienzo, se propone ir a la Luna: "Me intrigaba ver las estrellas desparramadas por el cielo y deseaba ardientemente saber de qué manera estaba compuesto el Sol; pero la Luna es la que más admiración me producía". Mil quinientos años han pasado desde que Luciano de Samosata escribiera estas palabras.

Fue luego Joham Kepler (en este año hará cuatrocientos que nació), el que me entusiasmó con "Somnium" y después "Un hombre en la Luna", de Godwin; más tarde Cyrano de Bergerac, con sus "Viajes a la Luna y el Sol", y el incomparable Julio Verne, hasta llegar a los famosos de hoy: H. G. Wells, Arthur C. Clarke, Stapledon, Lovecraft y Bradbury, entre otros.

Pero regresemos de nuevo a España para hacer un breve repaso sobre la "literatura diferente" y sus cultivadores. Por el año 1898 surge en nuestro país el primer libro, "Un mundo desconocido. Dos años en la Luna", en ediciones Montaner y Simón; veintitantos años después, Calleja edita la "Biblioteca Novelesco-Científica", con obras escritas por el Coronel Ignotus, seudónimo, como antes hemos apuntado, de José Elola. Por estos años, más o menos, hay revistas, entre ellas "Blanco y Negro", que publican relatos del



género, como *"El caso de la Humanidad"*, de Blanco Belmonte. También Roque de Santillana lanza *"El último héroe"*, maravillosa novela del porvenir y tiene en preparación (no sé si se publicarían luego) *"En la paz de la Tierra"*, *"El salvador"* y *"La creación"*; el referido Coronel Ignotus, publicó varios volúmenes muy paralelos a los títulos que se llevan hoy: *"El mundo venusiano"*, *"El mundo-luz"*, *"La destrucción de la Tierra"*, *"Los vengadores"*, etcétera. Todos los citados, con Jesús de Aragón, autor de *"La destrucción de la Atlántida"*, y al que se denominó el Julio Verne español, debido a la paralelidad de la temática, podemos señalarlos como el frente de la edad antigua de la historia de la ciencia-ficción española.

Es muy posible que haya habido más nombres, no han llegado hasta mí; pero de cualquier forma, los que nos interesan son los autores de hoy, de los cuales, creo, la mayoría están presentes en esta antología. Existe un buen grupo de escritores SF en España, gran parte de ellos radicados en Barcelona, más o menos agrupados alrededor de *"Nueva Dimensión"* y *"Horizonte"* (nombre que ha tomado el *"Planete"*, de Pauwels y Bergier, en nuestro país); y el otro en Madrid, cada uno a su aire. Hay un resto desperdigado por las provincias que no por eso deja de tener menos interés. Pero lo importante, a mi juicio, es que se cultive el género y que lo practiquen escritores como García Pavón, Tomás Salvador, Sánchez Paredes, Carlos Hojas, Pedro Crespo, Martínez-Mena, Plans, etc.; hasta los auténticamente dedicados al género: Buiza, Garci, Santos, Vigil, Atienza, etcétera. En el campo de los humoristas también existen nombres populares que cultivan o han cultivado el género: Mingote, que ha confesado abiertamente lo que le atrae el tema; Edgar Neville (*"Incidente"*) y Alvaro de Laiglesia, con *"Un mono llamado Adán"*, dentro de su libro (*"Te quiero, bestia"*).

Para seguir haciendo historia, añadiremos que en la década de los cincuenta-sesenta, es cuando empiezan a sur-

*gir plurales colecciones dedicadas a la ciencia-ficción: "Futuro"; "Luchadores del espacio" (Valencia, 1953), "Espacio" (Editorial Toray) y "Nebulae", de mayor rigor, en la que aparecen los mejores autores extranjeros. Es en este momento cuando surgen nombres españoles importantes: Eduardo Texeira, "El hombre de las nieves" (Editorial Molino); Antonio Ribera (que ahora dirige "Horizonte"), con "El gran poder del espacio"; y, "La gran revelación", de Valverde Torné. Del sesenta al setenta, continúa "Nebulae" y aparece "Galaxia" (Editorial Vértice); Carlos Buiza, de la mano de Narciso Ibáñez (que realiza en televisión española una gran labor con sus adaptaciones en el programa "Mañana puede ser verdad") consigue un premio internacional con "El asfalto", y más tarde, otro con "Un mundo sin luz"; alentado, crea un fanzine "Cuenta atrás", con su esposa Mercedes Valcárcel.*

*Nos hemos referido antes a las provincias; en Valencia, Eugenio Luque publica una serie de relatos en "Levante", Pgaría, con el seudónimo de "Calin", hace ciencia-ficción y lo mismo Rafael Prats Rivelles, al que su entusiasmo le hace crear un "slogan" en un número dedicado al género en "Familia Española" (15 de septiembre del 68), cuidado entonces por Ernesto Pérez de Lama. El "slogan" decía así: "Junto a 'La vida del Buscón', ponga en su biblioteca 'Crónicas marcianas'. Demostrará ser un lector de 1968".*

*Es en esta década cuando Atienza, Álvarez Villar, Carlo Frabetti, Francisco Lezcano, Juan José Plans, (que dedica un par de números de "La Estafeta Literaria", siendo director de la misma Luis Ponce de León, a la ciencia-ficción; en ellos se abre un coloquio y se dialoga sobre las posibilidades de la ciencia-ficción como género literario, de las escuelas y tendencias, de si los adelantos científicos pueden perjudicar a las obras de SF, etc. En los dos números colaboran, con relatos y artículos: Juan Tébar, Ribera, Luis Vigil, Montalbán, Calvo Hernando, Paco Izquierdo, Blanco Vila,*

*Castresana, Frabetti, J. Emilio Aragón, Pedro Sánchez Paredes, etc).*

*Acabada la década del sesenta al setenta, ya han surgido más nombres, muchos de ellos conocidos, otros no; pero todos ellos vienen a engrosar las páginas de esta Antología con sus relatos (un descubrimiento sobre el cual podrá juzgar el lector, es Jaime de la Fuente), una antología que, es muy posible, sea historia también en un futuro próximo, cuando la ciencia-ficción que escribimos sobre el año 2000, sea ya una realidad.*

RAÚL TORRES

Cuenca. Madrid, 1972.

## **Pedro J. Ajenjo Cavia**

*Nacido en Madrid. Veintinueve años. Mucho escrito y poco publicado. Algunas colaboraciones y narraciones cortas. Se considera, así mismo, un escritor tímido. Lovecraft, Bloch, Ballard y Asimov, figuran entre sus preferidos. Su estilo deriva hacia el realismo fantástico y la utopía, desarrollado con una narración concisa, no exenta de cierta poesía y, en ocasiones, de un brillante humor.*

*Aún siendo prácticamente desconocido del lector, ha desarrollado una gran actividad en la divulgación de la SF. Se muestra optimista en cuanto al futuro de esta literatura, pero pesimista en relación a su presente.*

## “ÉL”

1972

Desde el dintel de la puerta miró cautelosamente a un lado y otro de la calle. Por un instante se sintió feliz, libre. Había esperado encontrarle allí, apostado en la acera con la indefinible sonrisa bailándole en los labios. Pero todo era normal. Estúpidamente normal. Las mismas personas, los mismos edificios y los niños de todos los días esperando el autobús que les conduciría a la escuela. En el aire flotaba un impalpable halito de vida que confería a las cosas un perfil más amable, más alegre. Incluso el sol parecía brillar con más intensidad, anunciando un bochornoso día de verano. Su angustia no encontraba eco en aquel cuadro, vulgar y maravilloso al mismo tiempo. Subió al coche y encendió un cigarrillo mientras dejaba que el motor se calentase. Aspiró el humo con avidez. Estaba agotado y en su rostro comenzaban a notarse los estragos del insomnio y de la tensión.

Suavemente enfiló la calle hasta desembocar, pocas manzanas más arriba, en la autopista que llevaba al centro de la ciudad. Por la ventanilla penetraba una cálida brisa que le hizo sentirse mejor. Tan sólo un mes atrás era un hombre distinto. Sin familia y sin problemas; pocos amigos, eso es cierto, pero sinceros, camaradas de toda la vida; un buen empleo y enormes posibilidades de mejorar su situación. Hasta que empezó a ocurrir. No sabría decir cómo. Es posible que en un principio hasta bromeara. Después se alarmó y recurrió a la Policía, a los médicos, para encontrar una benevolente comprensión tras la que

se ocultaba una inconfesable sospecha, cuando no una difícil situación. No le creían. Le tomaban por loco y llegó a plantearse honradamente esa posibilidad consigo mismo. Pero era un ciudadano modelo y un hombre clínicamente sano. Poseía docenas de certificados, radiografías y "test" que así lo aseguraban. Le habían dejado solo ante una experiencia increíble. Increíble e infernal que le consumía poco a poco.

De repente, el coche dio un bandazo. Su cara reflejaba, ahora, un horror agobiante. Tenso, con las mejillas teñidas de un color ceniciento y temblando espasmódicamente, sus ojos, clavados en el espejo retrovisor, miraban con desesperación el automóvil que rodaba justo detrás del suyo: un deportivo del mismo modelo, idéntico en la pintura y hasta en sus más pequeños detalles, conducido por un hombre vestido igual, de extraordinario parecido y luciendo una estúpida sonrisa.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano volvió la atención a la carretera sin dejar de observarle. Tuvo un primer impulso de pisar el acelerador a fondo y tratar de despistarlo. Pero optó por no hacerlo. Sabía que era inútil. La proyección de sí mismo le seguiría obstinadamente dondequiera que fuese. Debía conservar la calma. Una y mil veces se repitió que todo era una alucinación. Aunque, en el fondo, sabía que era real. Inexplicable, pero tangible.

De forma maquinal estacionó el coche en el aparcamiento y, como todos los días, se dirigió a la cafetería para desayunar. No pudo resistir la tentación de volver la cabeza a tiempo de comprobar que el otro coche quedaba junto al suyo y su conductor —su cara, su ropa, su cartera— seguía el mismo camino con aire indolente, ignorándole.

—Zumos de naranja y café con leche —pidió.

—Lo mismo, por favor.

Era una voz familiar. Tan familiar como la suya propia. No deseaba mirarle, pero le adivinaba sentado en otra banqueta, a su derecha, hojeando un periódico como el

que ahora estrujaba entre las manos. Y hubiera querido tener el valor de gritar, de abalanzarse sobre "él". Desde aquel instante, como un eco diabólico, "él" haría sus mismos gestos, pediría la misma comida, se sentaría a su lado en el teatro o le acompañaría adonde quiera que fuese. Si llegaba a perder el control, "él" le miraría con su maldita sonrisa, esquivaría sus golpes y huiría para reaparecer tras cualquier esquina o encontrarlo en el lugar más insospechado. Había intentado hablarle, pero "él" fingía no entenderle y se apartaba de su lado.

Tomó el ascensor hasta la planta catorce y anduvo los pocos metros que le separaban de su despacho. Premeditadamente tardó en abrir la puerta. Sus pasos se fueron acercando y le vio continuar perderse en el recodo del pasillo. Respiró aliviado. "Él", a veces, desaparecía durante todo un día, aunque el temor de volverle a encontrar era casi peor que sufrir su presencia.

Durante toda la mañana intentó concentrarse en el trabajo sin mucho éxito. Era una jornada monótona y, por otra parte, la sensación de ser espiado le obsesionaba. Pero debía esforzarse. El director se había interesado por él. Eran demasiadas equivocaciones. Demasiadas quejas. Acaso lo mejor era aceptar las vacaciones que le habían ofrecido. Trabajaba demasiado. Seguramente era eso. Estaba fatigado y un par de semanas en cualquier playa del Sur le sentarían bien. Necesitaba cambiar de ambiente, practicar un deporte y divertirse.

—Perdone, señor, es ya la hora. Si no hay nada urgente quisiera marcharme. Hoy tenemos invitados en casa.

Las palabras de su secretaria le arrancaron bruscamente de sus reflexiones:

—Sí, por supuesto. Puede irse —musitó.

Apartando unos centímetros la persiana, atisbó la calle. No estaba. Una nueva esperanza tomó cuerpo. Tarde o temprano acabaría por desaparecer. Quizá no le volviera a ver más. Metió varios expedientes en su cartera. Estaba